



Silbar cabizbajo
para no romper
en llanto

Daniel Morales



Silbar cabizbajo
para no romper
en llanto

Silbar cabizbajo para no romper en llanto

© Daniel Alejandro Morales Machado

@danielalejandrol727

e-mail: danielmorales17273@gmail.com

Editorial Sátiro, 2021

@editorialsatiro

+57 312 4780169

e-mail: editorialsatiro@gmail.com

<https://altervoxmedia.com/editorial-satiro/>

Fotografías:

Daniel Alejandro Morales Machado

Prohibida la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio, sin autorización escrita del autor.

Silbar cabizbajo para no romper en llanto

Daniel Morales



*Ya es de madrugada.
Ya dibujé la línea sobre el horizonte,
desolado al fin pude gritarle al cielo,
como si fuera lo de siempre,
como si fuera lo cotidiano,
como si todo fuera en vano.*

Gabriel Morales.

ESQUELAS

*“Mi corazón está loco
porque aúlla a la muerte
y sonríe detrás del viento.”*

Alejandra Pizarnik.

Daniel Morales escribe como si hubiera muerto hace tiempo, como si, a pesar de sus veintitantos, cargara con su propia muerte en el pecho, y la alimentara cada día con razones para seguir muriendo. Por eso no es extraño que se aparezca de la nada con una plaquette como *Silbar cabizbajo para no romper en llanto*, cuyos poemas abordan el desencanto de quien se sabe incompleto y, a pesar de ello, escoge romperse un poco más. Es, ante todo, un libro que habla del yo desde el abismo del yo poético, atraviesa la cotidianidad de los sitios donde se manifiesta la palabra y se enreda cada vez más en su propio sentir, ese mosaico de instantes y memorias en las que

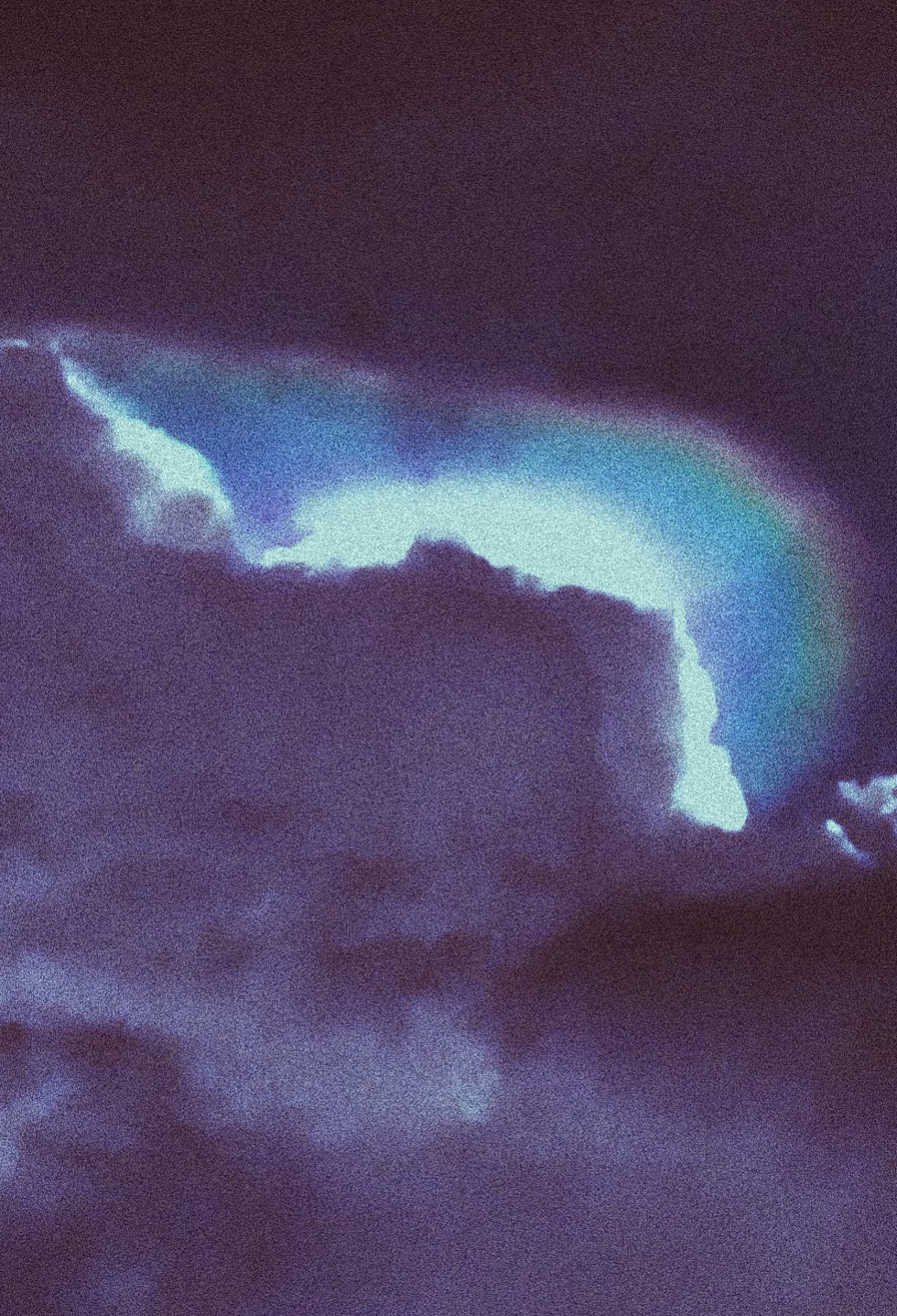
busca algo de calor mientras afuera se incendia la tarde, pues el fin del mundo sucedió hace tiempo sin que nos diéramos cuenta. Así, sus poemas son una añoranza de los otros: los amigos, la familia, el objeto/sujeto del deseo que podría salvar al yo poético de su terrible hondura, aquella *Madona* a la que Baudelaire quisiera *erigirle un altar subterráneo en el fondo de su angustia*. Sin embargo, a diferencia del poeta simbolista, la voz de Daniel sigue siendo una voz que espera, que no ha perdido por completo la esperanza, y que sueña aún, desde la nostalgia por la inocencia perdida.

John Gómez.

Bucaramanga, mayo de 2021.







Ya he dicho muchas veces

que lo que escribo

no es poesía

porque las palabras para mí

siempre han sido extraños fantasmas

que se yuxtaponen, fijan y rehílan —sin tocarme

como la palabra hogar

en la que nunca estuvieron mis padres

o la palabra semilla

en la que se enclaustran

todos mis llantos

pero nada brota, nace o surge

—Y la poesía no es

ni esta orfandad ni este llanto

es algo más

que me evade—

Ya he dicho muchas veces
que yo no soy un poeta
porque nunca tuve nombre propio
ni voz que contorneara
la sombra que proyecto
(que soy)

Todo lo que hice
lo hice aterrado
encogido
y desorientado

Porque nadie fue
lo suficientemente amable conmigo
para advertirme
sobre el vértigo y los cuchillos
del primer poema
(o primer suicidio)

ni de la incertidumbre
ininterrumpida
de verme
dentro y fuera
de mí

Solo me dijeron que tenía que
pedir perdón
y ser ese alguien
que hoy tampoco
pude ser



**Quiero que nos demos un par de besos
en el borde del puente
como si no fuéramos nosotros
los que caen al fondo, amor**
para contarte esa vieja anécdota
en la que hui de casa
con los jirones de carne
desunidos, rotos, deshilachados
solo para volver

a nacer

y así desfijar el revólver de mi nombre
sin importar los huracanes y las despedidas
Para enamorarme de ti
y huir, irisado, por los prados minados
del mundo

Para, tal vez, construir un lugar fuera de mí
en donde pudiera hendir
todas mis oberturas
y mares repentinos
que se parten, crujen y confinan
en nuestros párpados azules
húmedos
frágiles
que sueñan, anhelan y se erizan
como los maremotos presos
en la palabra
amor
mientras jugamos a desplomar muros infranqueables
con los dedos y las ganas
mientras atrapamos luciérnagas
con las manos llovidas
de niebla

y todas nuestras soledades
nos implosionan
sacuden
y revientan
el vientre

Para, tal vez, mirarnos
solo mirarnos
y temblar
temblar mucho
Luego ceder
perder la dirección
girar en círculos
y desmigajarnos
siendo el aire
en una acrobacia irrespirable
de flor dinamitada

Para susurrarnos

y susurrar la caída

como si no fuéramos nosotros

los que se borran

y aniquilan

Como si no fuéramos nosotros

los que se estallan

adrede

de tanto latir

y latir

y latir



**Me hubiera encantado conocer el mar
antes de advertir la melancolía de su oleaje**

Abrir la llave del lavamanos
para atender el oleaje

y la furia

de un océano ártico
insufriblemente íntimo

Tumbarse en el suelo
e imaginar que a diez mil metros de profundidad
la vida no es tan diferente

Que en el hadal marino, incluso
es menos voraz
el no tener trabajo ni talento ni modo alguno

de adjetivar
la desolación

Y no hace falta decir
que eres otro
con los pulmones
colmados de peces luna
y el cuerpo flotando entre mareas

Siempre es bueno imaginar que el personaje
sigue su desarrollo
hundiéndose
solo
en el húmedo sifón de la bañera

con el corazón allí, tendido
esforzándose por respirar



Quisiera mirar la herida y no ver nada

Negar que he crecido
perdido
y desperdiciado
todas las apuestas sobre mí

No pensar en nada
y seguir
balanceándome
en mi horca
de un extremo
de la memoria
al otro
acariciando incendios inextinguibles con la boca
maniobrando piruetas, entre lágrimas

sin culpa

ni miedo

ni dios

Y renunciar

al *yo* que ya no existe

para regresar la vista

y arrepentirme del último salto

al súbito

vacío

de la incertidumbre

y la totalidad de este crépito

de insatisfacción

astillada



**Quiero renunciar a las palabras
para no volver al silencio
de sus hendiduras**

Dejar de repetir las mismas oraciones
tristes, crípticas, tropicales
en las cuatro paredes
de mi claustro —yo

Sonreír los lunes

Fumar menos

Llamar a mamá

Lavar los platos

Mirar el cielo

Gritar de miedo

Y no insistir en esto
que se escribe descaradamente

Solo mirar la llama
que evapora
la lágrima

Conjurar todos los lenguajes
de los microorganismos
que coexisten junto a mi miedo
bajo la cama
y todas las luciérnagas
aferradas
en el techo
en una marejada violenta
que traslade
todas las muertes
de mí
sin decir
lo obvio



Soles de agua bajo las sábanas

Como si pudiéramos atrapar un sol minúsculo
nos guardamos, rápidamente, bajo las sábanas

Tu decías algo similar al horizonte
y yo hundía los dedos en tu vientre de agua

Arriba los aviones

Abajo el trópico

y en la piel

un fuego

de avispas

inquietas

Pienso en las olas que nunca vi
mientras los poros humedecen

entibian

hierven

en un cuerpo entretejido

que se derrama

gime

bulle

Se me ocurre ser la ola que nunca vi

y me diluyo con bastedad

Cae la noche

Nos detenemos a respirar

Señalas cada una

de las estrellas

que lluevo

Y te quedas dormida

Y yo me quedo dormido
en un pulso extendido
de ciclones



El mundo allá afuera y yo tan adentro

Reúno las certezas que me quedan

Compro una bolsa de café

y dos cigarrillos

rotos

rancios

rendidos

Encierro los ladridos y los gritos en el baño

Me devasto, rompo, ultrajo

en un gotear

de escapes,

pretextos

y evasivas

desesperadas

Y salgo, cabizbajo, a silbar

otra canción

que me robé
del pecho
de alguien más

Vuelvo a empezar



Este poema brotó bajo los pies de mis amigos

“Huérfano es quien no tiene amigos.”

Michael Benítez.

Solíamos hundirnos en esa baba pegajosa

de la incertidumbre

sabiéndonos solos, aterrados

y casi ingrátidos

en la ciudad

Como dioses adolescentes, masticábamos true-
nos

y nos fulminábamos entre las cosas

como asteroides

de espuma

Éramos

tan solo

un puñado de soles rojos
humeando sueños
en el techo
Y allí donde termina la calle
en esa vena rota de concreto
nos convertimos en flores diminutas
y niños corriendo
en el tiempo



**Todos mis fantasmas tienen la punta de sus llaves
manchadas con sangre**

Mi sombra corre a mi alrededor
atascada

Suele pasarme que en los domingos
son casi irresistibles
las ganas de matarme
en el pasillo de juguetes
del centro comercial

Entonces finjo necesidad
apagando con ahínco
la primera colilla
de certidumbre

como si no lo hubiera perdido todo
tres veces ya
en una misma tarde

El cielo canta en el fondo de su precipicio
“Qué asco de sábado”
mientras mi novia desliza el fósforo
sobre la mecha dinamitada
de mi corazón

Con frecuencia freno en seco
para estrellarme en el parabrisas
del yo que soy
y el yo que jamás podré ser

Y pienso en que mi gato me necesita

aunque en cualquier momento
me abandonará para siempre

No llego a ningún lado,
pero llego

Una vez un amigo me dijo
que estaba emocionado
por ver mi caída
(y también me emocioné)

A menudo, me gustaría saber
en qué momento
se volvió cotidiano
este escenario en el que
hundo la palma de las manos

en el mismo filo
del bisturí

Y tiemblo
como tiemblan
los volcanes arrepentidos
de haber nacido



Ciudades en el pecho

Vernos correr

juntar las manos

y caminar en círculos

Como animales extintos

reptar sobre muros

que se erizan

de repente

Sangrar en silencio

diciendo adiós con las manos

Mudar de crisálida

Amar para siempre
con las ciudades
atravesadas en el pecho

es lo único que recuerdo



**Ya no sé qué preguntarle
a la contestadora automática
los lunes por la mañana**

ni cómo deshacerme
de todos los girasoles azules
que desgarran mi pecho
persiguiendo el sol

Desde que murió mi perro
no supe qué fue de mí
ni tampoco cómo volver
a hacer amigos

A veces quisiera saber
porqué siempre tengo los mismos sueños
una y otra vez

Y sin ninguna razón aparente
rompo en llanto
y me aísló en la herida

Sé que no puedo seguir así
pero no sé qué hacer
en este soplido
de diente de león
en el que me he convertido

Por ahora solo sé
que el silencio
es un lugar violento

DANIEL MORALES

(Bucaramanga, 1999)

Actualmente adelanta estudios de Licenciatura en Literatura y Lengua Castellana en la Universidad Industrial de Santander. Ganador del II Concurso Estudiantil de Poesía “Derecho a la poesía” (UIS, Bucaramanga, 2021). A inicios del 2020 publicó su primer libro, titulado *Otro cielo*, con el sello editorial Ediciones Exilio, de Bogotá. Autor de la novela corta *Salad* y la presente edición de *Silbar cabizbajo para no romper en llanto*, ambos títulos publicados en 2021 con la Editorial Sático.

“Es, ante todo, un libro que habla del yo desde el abismo del yo poético, atraviesa la cotidianidad de los sitios donde se manifiesta la palabra y se enreda cada vez más en su propio sentir, ese mosaico de instantes y memorias en las que busca algo de calor mientras allá afuera la tarde se incendia, pues el fin del mundo sucedió hace tiempo sin que nos dieramos cuenta.”

John Gómez.

